

Pellicer: uno es vegetación desesperada

por Roberto Diego Ortega

Los *Esquemas para una oda tropical** son dos poemas que, según el autor, testimonian "una frustración: no pude escribir la Oda Tropical de acuerdo con el proyecto de hace muchos años". Independientemente de cuál haya sido el proyecto original, estos dos poemas contienen diferencias entre uno y otro y comprenden un periodo de treinta y ocho años: el primero fue escrito en 1935, el segundo en 1973.

La "Primera Intención" convoca una oda tropical, a que venga de los cuatro puntos cardinales y "del Centro que culmina / la pirámide trunca de mi vida". En 1935 Pellicer es el poeta en quien "imágenes sorprendentes, ritmo, frescura, agilidad, sentido del humor, ocurrencias, el mar, el sol, América, irrumpen como nunca, o por primera vez, en la poesía mexicana" (Zaid). Y el poeta quiere ser uno con la palmera del trópico, "ser fiel a su belleza", llevar en el centro de su voz las cuatro voces fundamentales (los cuatro puntos cardinales) y sobre los hombros de esa voz "el peso de las aves del paraíso". Habla del mar y la vegetación, de la ciudad y sus "hombres sudorosos", de la selva del Ganges, la tortuga y la guanábana, el Himalaya y las iguanas, y de su propia convicción: "El trópico entrañable / sostiene en carne viva la belleza / de Dios." El intento quiere llevar todos los elementos del trópico hasta

... que yo sea, a vuelta de palabras,
palmera y antílope,
ceiba y caimán, helecho y ave-lira,
tarántula y orquídea, zenzontle y anaconda.

El punto de partida es una noción netamente geográfica; el poema se construye con pinceladas que intentan ser siempre un viaje hacia el trópico y del trópico hacia el poeta.

La "Segunda Intención" presenta matices distintos. Ya no hay la comunión tácita entre el trópico y la imagen de dios, disminuye un poco la exaltación apasionada.

Pellicer comienza con una duda: "La selva, gran verdad con tanto engaño." El trópico es "una realidad empedernida" (no sabemos por qué) donde la selva es el sitio de la oscuridad que "niega la entrada al sol". Pellicer rescata su amor por los colores como tema poético y los confronta a la selva: "lo verde está en el tiempo" y también "es la verdad, la deplorable / verdad de tantos verdes, la conjura / de la verde verdad que oculta el sueño, lo irresponsable del secreto oculto".

El poeta es lo mismo uno ante la selva que uno con la selva, o uno lejos de la selva. "Y aquí estoy con el timbre de otra voz / que tuve cuando el viento fue mi cuerpo." De pronto interrumpe su canto:

En la selva uno se pregunta:
"¿Y yo qué carajos hago aquí
si no hay adonde ir? Uno dice sí, para
negarlo todo."

Y después, en dirección contraria:

Pero mi piel está quieta:
ha comenzado la fraternidad (...)

El *dónde* estoy va desapareciendo;
es la consigna de la fraternidad.

También evoca escenas con amigos, vive la sucesión del día y la noche y, en contraste con la primera intención, el reino animal está menos presente: "Lo animal se oculta pavorosamente / y uno es vegetación desesperada." Pellicer encuentra que la poesía en el trópico "es más espacio que tiempo", que funciona a partir de la naturaleza: "uno dice la palabra poesía y no sabe lo que dice". Una vez más, Pellicer opta por la contemplación.

El poeta avanza y regresa con la misma facilidad. "Entre esos árboles me reconozco, / yo, animador de íntimas catástrofes." Pero también unos árboles antiguos le dicen: "¿Y tú, qué haces aquí?" El poeta se funde y se separa del paisaje intermitentemente: "Creo que en cualquier parte del poema / esto que estoy diciendo soy yo mismo." O puedo decir al bosque: "Tú eres / lo que yo hubiera querido ser; / horizontalmente lejos del mar; / verticalmente junto a ti".

Pellicer encuentra en este ambiente un desorden construido "por un orden superior". Encuentra también que "un canto puede destruir aquel desorden" y por últi-

mo que "¡La poesía! (es) Reina del Reino Vegetal..." Y si este ambiente es un desorden, la poesía, en el caso de que lo sea, también es lo contrario; ambos, o ninguno.

Las últimas estrofas de la "Segunda Intención" dan la idea de un poema horizontal. El tono, la intensidad, se mantiene y permanece; no decrece, no aumenta. Tampoco hay una idea de desarrollo —y no es que esto sea un requisito poético; simplemente es un elemento que aparece en el poema.

Así como Pellicer encuentra de improviso un tono declamatorio ("El drama de la vida se hizo para verse, / no para ocultarse"), también mantiene esa fuerza, esas imágenes que Zaid encuentra verdaderamente sorprendentes, y que siguen siendo fuente de una gran belleza poética:

...Una noche huracán
el relámpago, jaguar instantáneo que saltó
sobre el mundo, da luz y en la sombra
del rugido
se estremece el desorden de la selva.

O bien:

De un manotazo pumas y jaguares
destruyen las cortinas de una fiesta de
orquídeas

Los *Esquemas para una oda tropical*, por principio, no podrán ser vistos como proyecto —al menos exclusivamente— sino en relación a la poesía que contienen.

* *Esquemas para una Oda Tropical*, México, FCE, 1976, 90 pp.

Fuster: nosotros los valencianos

por Manuel Fernández Perera

Hacia los últimos años de la dictadura franquista, el problema de la pluralidad idiomática y cultural que existe en España se acercaba a lo que Josep Melià (*Informe sobre la lengua catalana*, Edit. Magisterio Español, Madrid, 1970) considera como la última etapa del tratamiento que reciben los problemas regionales en los procesos de integración federalista. En realidad, la catalogación es de Gaston Berger (a quien

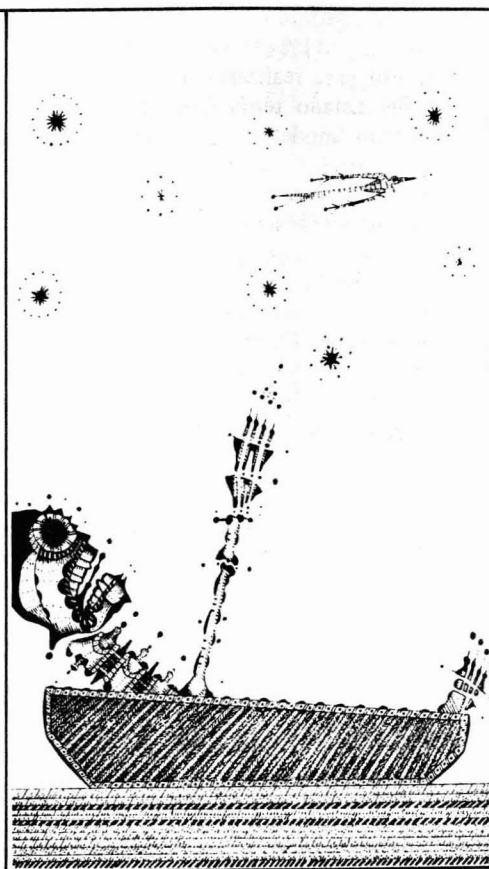
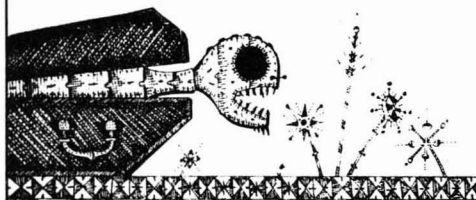
Textos de Luis Goytisolo / Dibujos de Joan Ponç del libro *Devoraciones*. Ed. Anagrama, Barcelona.

Meliá se remite): a] Negación del problema; b] Minimización del problema; c] Ubicación y reconocimiento del problema con vistas a una solución. Así, lo que inicialmente fue una política de firme y sostenida represión (continuadora de aquella que parte de la unificación peninsular realizada por los Reyes Católicos), y más tarde un desentendimiento regañón y paternalista, desembocó en una verdadera explosión política y cultural de los países hispánicos (en la terminología de Fuster y Meliá) hacia el fin de los años sesentas. El resurgimiento del nacionalismo y de la lucha por obtener del poder central la autonomía necesaria para desarrollarse integralmente y dejar de ser pequeñas naciones o repúblicas en potencia para serlo de hecho, ha sentido la necesidad de explicar y justificar ideológica y políticamente sus pretensiones y su visión de la problemática. Este movimiento político y cultural (encabezado por los intelectuales y por la clase media ilustrada) nos ofrece algo interesante: una visión crítica de la historia de la política absolutista y centralista de España.

El nuevo gobierno español, presidido por Adolfo Suárez, se ha enfrentado con este ineludible problema. Si la Reforma Política que intenta llevar a cabo en España se convierte en una verdadera reforma y no sólo pretende la configuración de una imagen democrática encaminada a congraciarse con el resto de las democracias europeas para conseguir su apoyo económico y un posible ingreso al Mecomún, entonces tendrá que adoptar una política que vaya más allá de la tolerancia idiomática y cultural y del simple reconocimiento de la existencia de los demás países españoles.

La mera idea de las nacionalidades o países hispánicos puede resultarnos absurda o repulsiva, y ciertamente provoca nuestro desconcierto. La política centralista y unificadora del Estado Español ha proyectado una imagen falsa de la realidad española. Hablar del catalanismo o de las exigencias del país Vasco o de Galicia, se relaciona de inmediato con una palabra maldita: separatismo, y con un lugar común: los españoles nunca se pondrán de acuerdo. Tanto para los españoles unitarios como para nosotros, España debe representar idílicamente una Unidad y un solo pueblo. Lo cierto es que es una sociedad que a la división de sus clases suma la de sus diferentes pueblos, y que en la realidad presenta un panorama bastante alejado de los esquemas unificado-

DOCUMENTACION.
¿Con S o con Z?
Con Z.
¿Zpinosa?
No, con E inicial.
¿Ezpinosa?
No, no. La Z sólo al final: Espinoza.
Vamos, como el joyero.
¿El joyero? Ah, eso es; sólo que con una E inicial. Pero no era joyero sino relojero.
O quizás óptico.
Relojes, ¿eh? Y dice usted que con una E inicial. Vale. ¿Y H intercalada?
¿H intercalada?
No se ponga nervioso, hombre. Si se lo pregunto es porque no lo sé, por hacer bien las cosas.
No, si no estoy nervioso; lo que pasa es que tengo un poco de prisa. Pero no. Que no hay ninguna H intercalada, quiero decir.
¿Hozar no se escribe con H?
Pero es que el oza de Espinoza no viene de hozar.
Yo creía que sí, mire. Lo de hozar, de hozar. Y lo de espín, de puerco-espín. Oiga, ¿y ya da el asunto relojes?



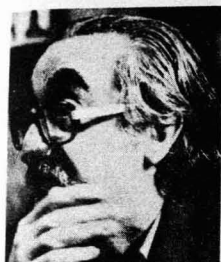
res que le han tratado de imponer. No es casual entonces que la importancia de las culturas marginales o periféricas, así como la historia de sus pueblos, haya sido terriblemente despreciada y minimizada. Demasiado engañados por la historia oficial, nos hemos formado una idea equivocada de la historia real. En los centros de estudios hispánicos, en los cursos sobre la literatura española, en los programas de estudio de las facultades de Filosofía y Letras, la cultura y la historia españolas son la cultura y la historia castellanas. Y lo poco que conocemos del resto de los países hispánicos se reduce a una muy limitada lista de autores traducidos cuyas peculiaridades nacionales se han limado por completo.

Joan Fuster, uno de los más importantes intelectuales catalanes y una de las figuras centrales de los movimientos nacionalistas, publicó en 1967 *Nosaltres, els valencians*, cuya traducción al castellano acaba de aparecer. *Nosotros los valencianos** es un interesante estudio que, a pesar del localismo de su tema, resulta de gran interés incluso para quienes desconocen por completo el problema de la marginación de los pueblos españoles. En este excelente análisis, Joan

Fuster nos ofrece una lúcida visión de la política centralista del Estado Español y una muy documentada relación histórica de sus relaciones con el país valenciano.

El libro responde a una pregunta obvia "¿qué son —qué somos— los valencianos?", pero no intenta encontrar la esencia ontológica del valenciano, ni revelarnos a un ser peculiar, pintoresco o exótico. El estudio tiene otros objetivos. Su nivel es quizá menos elevado o trascendental que el de los mexicanos que se propusieron encontrar nuestra esencia, pero, sin embargo, sus alcances son quizá más palpables, más nítidos, menos líricos o alucinantes. Es un ensayo socio-histórico, no una interpretación libre; es un estudio, no una impresión más o menos deslumbrante. Y, sobre todo, es un libro con una finalidad práctica de concientización.

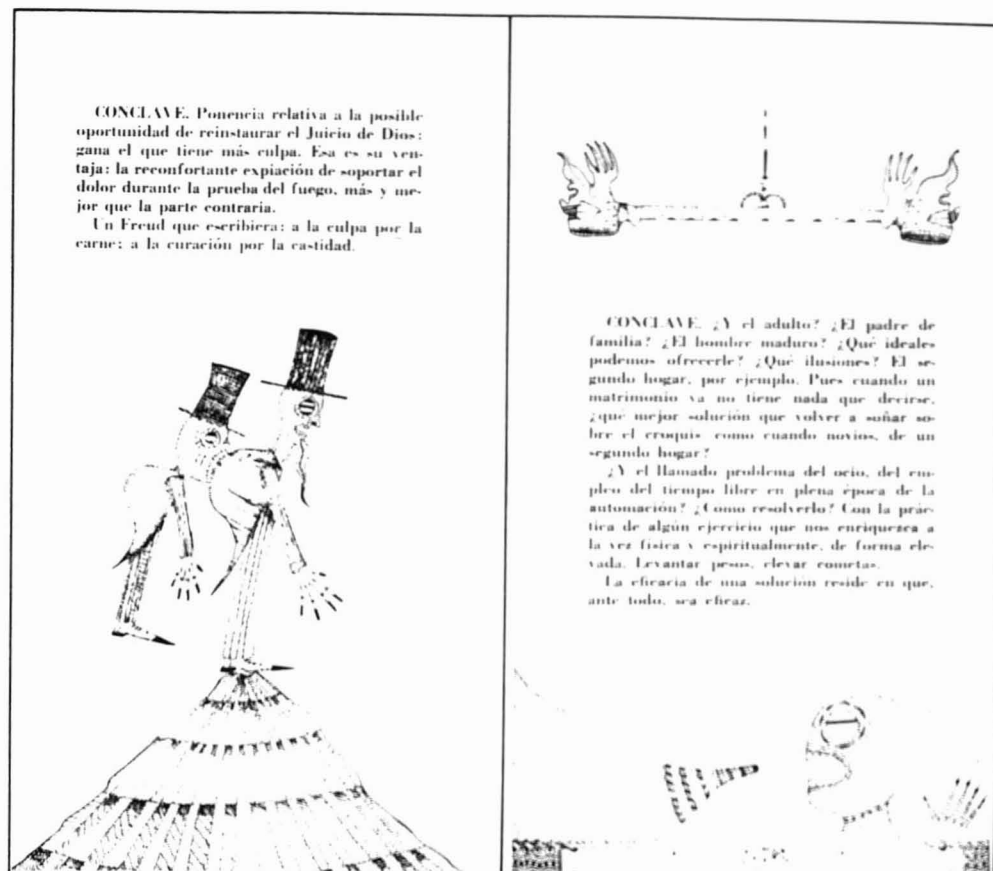
¿Por qué el proyecto de unificación ha fracasado? ¿Por qué no fue posible la utopía de un solo pueblo con un solo idioma y una sola religión? El error, según Fuster, fue esencialmente político: "La Monarquía de los Austrias se quedó a medio camino de lo que estaba en la obligación de ser. Aquella fue la hora de la constitución



Fuster

del Estado 'moderno', y la monarquía absoluta resultaba el instrumento indiscutiblemente útil para realizarlo. La base plurinacional del Estado tenía que ser eliminada. Un Estado 'moderno' no podía ser sino un Estado unitario, y el unitarismo siempre sería precario si sólo se aguantaba sobre una 'unidad' institucional mínima" (p. 188). Los Austrias confiaron tan sólo en la autoridad unificadora y conservaron las autonomías de los Estados de la antigua Corona de Aragón. Estos regímenes autónomos sobrevivieron "a la constitución y a la consolidación de la monarquía absoluta que, en buena lógica, debería haberlos destruido. Cuando el conde-duque de Olivares lo intentó, en el reinado de Felipe IV, ya era demasiado tarde" (p. 188). De este modo, la Monarquía era "central", castellana, allí el poder real era absoluto. Pero en la periferia se mantenían los fueros, y las "provincias" (verdaderos reinos independientes) vivieron en una situación contradictoria: no podían resolver los problemas por sí mismos, y sin embargo, el poder central no podía violar los fueros. "El desfase entre centro y periferia será constante, desde Carlos V hasta nuestros días." De ahí la condición necesariamente marginal, disociada del centro y por tanto no unitaria. Fuster llega a la conclusión obvia: "Un Estado unitario auténtico habría evitado todo esto. Pero tal vez el Estado unitario era una simple utopía" (p. 190).

Quizá la primera manifestación evidente y conflictiva de esta disociación se da en los inicios del siglo pasado y aparece estrechamente vinculada a la insurgencia antinapoleónica primero, y después a las pugnas entre liberales y absolutistas, moderados y progresistas, republicanos y monárquicos, etc. El panorama en la periferia incluía otra lucha más: "Aparte de los móviles ideológicos y sociales que animaron a los contendientes, y que no intento olvidar, existía otro, subterráneo, pero sin duda más poderoso que el resto: el 'marginalismo'. Los hombres de la periferia hispánica continúan sintiéndose 'al margen' del Estado: de un Estado que no les incluye sino de una manera formularia en ciertos aspectos, y de una manera sufrida como opresiva en otros" (p. 193). Esta nueva insurgencia es ya definitivamente anticentralista: "El insurgentismo, en tanto que manifestación 'periférica' de la política española del XIX, debería ser relacionado con otra cuestión: la del *soi-disant*, anticentralismo de los sec-



CONCLAVE. Ponencia relativa a la posible oportunidad de reinstaurar el Juicio de Dios: gana el que tiene más culpa. Esa es su ventaja: la reconfortante expiación de soportar el dolor durante la prueba del fuego, más y mejor que la parte contraria.

Un Freud que escribiera: a la culpa por la carne; a la curación por la castidad.

CONCLAVE. ¿Y el adulto? ¿El padre de familia? ¿El hombre maduro? ¿Qué ideales podemos ofrecerle? ¿Qué ilusiones? El segundo hogar, por ejemplo. Pues cuando un matrimonio va no tiene nada que decirse, ¿que mejor solución que volver a soñar sobre el crucero como cuando novios, de un segundo hogar?

¿Y el llamado problema del ocio, del empleo del tiempo libre en plena época de la automatización? ¿Cómo resolverlo? Con la práctica de algún ejercicio que nos enriquezca a la vez física y espiritualmente, de forma elevada. Levantar pesos, elevar cometas.

La eficacia de una solución reside en que, ante todo, sea eficaz.

tores 'insurgentes'" (p. 198). Entonces, como una necesidad de afirmación y de identidad, aparecen los primeros rasgos del nacionalismo y de la búsqueda de una raíz nacional con la cual abanderar su lucha. Y surge también, como consecuencia de esto, un movimiento cultural nacionalista de naturaleza un tanto romántica que vio en el retorno a la lengua nacional un apoyo más para la configuración de la nacionalidad. "La reanudación literaria en la lengua propia respondía a un despertar colectivo más profundo, y, a su vez, tenía que convertirse en estímulo y consciencia de un resurgimiento ya total. Así ocurre en todos los países de la Europa del XIX y del XX donde existe un problema de minorías étnicas y lingüísticas" (p. 241). El movimiento, preponderantemente literario, se conoce con el nombre de "Renaixença" y se extiende por todos los países catalanes. Pero, mientras la "Renaixença" propiamente catalana adquiría fuertes rasgos políticos, la valenciana fue más tímida y de menor calidad literaria: "lo que nos falló fue el catalizador oportuno que la transformara de 'revuelta' anárquica en propulsión ordenada y firme". Pesaba aún demasiado un

espíritu provinciano y "sucursalista" y faltó el impulso decidido y necesario de al menos un gran dirigente que supiese aprovechar las condiciones propicias.

En 1906 surge un nuevo grupo, "Valencia Nova", que se convierte de inmediato en "Centre Regional Valencià". Intenta superar los anacronismos de la "Renaixença" y asume un carácter fuertemente político. Aparecen los primeros semanarios políticos "valencianistas" y el grupo "Joventut Valencianista". La dictadura franquista reprimió todo impulso diferenciador, aunque nunca pudo acabar radicalmente con el problema. En la conflictiva actualidad política española, los movimientos nacionales cobran nuevo auge y empiezan a recibir un nuevo trato por parte del nuevo Estado español. Por su parte, el catalanismo actual adopta una actitud conciliadora que parece abandonar la restaurada pasión separatista. El libro de Fuster es un buen ejemplo de ello.

* Fuster, Joan: *Nosotros los valencianos*, Eds. Península, Barcelona 1976. ("Ediciones de Bolsillo", 489.)